

## TRANSICIONES

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA



**H**ace 30 años atravesé por primera vez la Península de Baja California. Fue un viaje plagado de anécdotas en una pequeña camioneta Opel 1968 conducida por un intrépido adolescente de 16 años que comandaba la expedición familiar y que llevaba de refuerzo a un amigo-mecánico de apenas 12 años de edad. Salimos de Tecate rumbo a Ensenada y terminamos, gracias a una madre aventurera, en Los Cabos, pasando por San José en busca de las raíces de la abuela materna. Diez años después, en 1985, volví a atravesar la península teniendo como meta La Paz. Fue una aventura etílica que paradójicamente tenía como fin la disputa de un campeonato regional de fútbol. Pero esa es otra historia. Hoy, aprovechando los días feriados, regresamos a la aventura de recorrer la Baja de norte a sur. Un compacto grupo de 17 amigos y familiares partimos en una caravana compuesta por tres unidades. Se trataba de un comando urbano en pos del desierto profundo. El saldo más importante es que regresamos incólumes, sin escisiones ni divisiones. Más unidos que un partido político mexicano.

El paisaje es imponente; los cirios, cardones, choyas y ocotillos dominan el semidesierto bajacaliforniano. Una de las paradojas es que como el llamado desarrollo no se ha impuesto en la zona, la riqueza natural parece intacta. Por aquí no pasan los años. En treinta años el paraje sigue sin cambios. Todavía más, edificaciones que en los tiempos de Luis Echeverría se

levantaron, hoy lucen en ruinas. Efectivamente, Echeverría (1970-1976) fue el gran impulsor de la "Baja Sur". Su afán fue conectar por vía terrestre a las dos entidades. Construyó la famosa carretera transpeninsular, los hoteles La Pinta, gasolineras a lo largo del camino y fundó la Normal del Desierto en el Paralelo 28, cercano al poblado de Guerrero Negro. La poca infraestructura que existe data de esos años.

Hoy, al lado de la belleza del semidesierto, tres de los cinco municipios sudcalifornianos lucen el abandono y la indolencia de las autoridades. La inversión se ha concentrado en La Paz y en Los Cabos. Eso podría explicar los resultados electorales del año pasado que confirmaron el triunfo del PRD, tanto en la gubernatura como en cuatro de los cinco municipios. De estos sólo el PAN logró triunfar en Loreto. Uno no se explica cómo es posible que el potencial turístico de toda la región no se aproveche para desarrollar proyectos ecoturísticos. No es necesario destruir la naturaleza para generar riqueza y crecimiento de sus ciudades. Parece increíble que en las bellísimas playas de Mulegé los hoteles no cuenten con agua o que tengan necesidad de proporcionar electricidad a sus huéspedes por medio de plantas de gasolina. A las doce de la noche, el Hotel Buenaventura luce a oscuras. En el verano el clima resulta insoportable y parece imposible sobrevivir sin electricidad y agua. ¿Cómo atraer al turismo en estas condiciones? Si a ello agregamos la ausencia de señal tele-

*Páramo*

fónica, de telefonía móvil, Internet, televisión -salvo satelital- y de periódicos; no hablemos de infraestructura comercial -ante la carencia de gasolineras, se recurre al abastecimiento del preciado combustible utilizando los servicios de los nada subrepticios tamberos- o médica, se trata de un desierto profundo. Uno se siente fuera de este mundo. Claro, los partidarios de la vejez perpetua o del destierro como forma de vida estarán en desacuerdo. Alguien comentaba que era muy probable que el Chapo Guzmán estuviera en alguna parte de la Baja pues era el lugar apropiado para esconderse o pasar desapercibido. Recorriendo estas tierras apenas podía imaginarme cómo habrá sufrido mi abuela Josefina, sus padres y hermanos para hacer el recorrido en carreta desde San José del Cabo hasta Tecate, durante los años veinte, con la política de poblamiento impulsada por el Coronel Esteban Cantú. Sólo el orgullo de mi bisabuelo lo podría explicar.

Baja California Sur es la entidad menos poblada de México; según el censo de 2000, apenas contaba con 424 mil 41 habitantes. Su capital, La Paz, no llega a 200 mil. Comparada con la otra Baja California, la desproporción es notable; sus vecinos somos 2'540,519. Según las proyecciones de población, en 2030 los sudcalifornianos serán 853,207, pero los norteños llegarán a 4'864,276. Tal vez el problema no sea sólo de número de habitantes; es más importante el antidesarrollo que se vive en una contrastante zona rica en recursos naturales. Así es México, ¿ni modo?